

Capítulo 65 - En la Cerca - El Juego en Carousel: Una Película de Terror en LitRPG

- [Capítulo 65 - En la Cerca - El Juego en Carousel: Una Película de Terror en LitRPG](#)

Capítulo 65 - En la Cerca - El Juego en Carousel: Una Película de Terror en LitRPG

El elenco y el equipo retocaron la puesta en escena para completar la grabación de la escena restante. Me acerqué a Bobby por si detectaba alguna pista en el guion que indicara que Carlyle podría sobrevivir esa jornada. Él no comentó nada al respecto.

“Los perros están inquietos por algo”, dijo. “Yo también siento que hay algo que me preocupa”.

“Es el Castillo de la Muerte”, expliqué, detallando sus tropos con mayor profundidad. Teníamos tiempo para matar fuera de cámara, así que, ¿por qué no ofrecerle más información que la anterior?

“¿Gale Zaragoza?”, preguntó Bobby. “Entendido. Jason Voorhees con los poderes de la Muerte, en la serie Final Destination. Nada fuera de lo común. ¿Por qué deberíamos preocuparnos?”

Había quedado rezagado en el departamento de referencias. Menos mal que Bobby estaba allí para cubrir ese aspecto. Solté una risa.

“Tiene un aura. La recibirás en toda su magnitud cuando se acerque,” mencioné. “Luego, tu Coraje podría ayudarte a mitigarla. Sin embargo, el primer impacto es intenso.”

Había visto ese mismo tropo de aura en otra ocasión. Era el que poseía el Anfitrión Inconmensurable, aunque muchísimo menos potente.

Aun así, éramos solo mortales.

“Entendido,” afirmó. “Los perros deben ser demasiado sensibles. Ah, y Riley?”

“¿Qué?”

“Cuando las cosas se pongan feas, primero debo sacar a los perros,” explicó.

“Lo sé,” respondí.

Que Bobby tuviera a sus perros a su alrededor quizás fuera un impedimento, pero ese no era momento para discutirlo. Necesitaba que estuviera alerta.

“Trabajo para los Geists,” afirmó. “Soy su veterinario personal para animales. Tienen de todo. Tuve que inspeccionar a un caballo manualmente por impactación. ¿Sabes en qué consiste eso?”

“No, y tampoco quiero saberlo,” contesté.

Asintió con risa. “Yo tampoco quería. También me encargo de animales para sus películas, claro. Conozco algunas cosas. No muchas, pero algunas. He estado en su propiedad, llegando hasta la mansión. También vi el asilo. Mucho grito allí.”

“¿Hay algo que deba saber?” pregunté.

Negó con la cabeza. “No ahora. Hablaremos después. Si es que sobrevivimos, claro.”

Eso era un plan.

En Pantalla.

“Muy bien, amigos,” dijo Carlyle en voz alta. “Hemos resuelto el asunto del cuchillo y ajustado todo. No queremos más retrasos.”

Comenzó a aplaudir. Los demás también lo hicieron.

Todos volvimos a nuestras posiciones. Yo me escondía tras la cámara, observando todo en una pequeña pantalla, tanto en la vida real como en la pantalla de fondo, gracias a mi tropo de Monitor de Director.

“Lo siento mucho, Señor Lawrence,” dijo la asistente del encargado de utilería mientras se alejaba con el cuchillo real extendido frente a ella, en busca de mayor seguridad.

Seguridad, sí, esa era la razón.

Los perros comenzaron a ladrar. Aquí estaba la primera Sangre. La escena que tanto habíamos anticipado al fin estaba en marcha.

“¡Acción!” grité. Porque la historia no podía avanzar sin eso.

Todo empezó a moverse.

Ya habíamos rodado las escenas de carrera. Comenzamos desde el momento en que las cámaras cambiaron de ángulo tras la caída de Kimberly. No tenía sentido volver a hacerlo todo.

El asesino extendió la mano con el cuchillo de utilería hacia ella. Kimberly, con desesperación, se lanzó hacia la puerta con los perros ladrando detrás. Temblaba con un miedo profundo, palpable. Quizá era su talento para actuar. Quizá temblaba porque sabía que los perros no estaban actuando. Estaban aterrorizados por algo, algo que se acercaba desde el lado oeste del edificio.

Pude sentir el aura.

Kimberly casi lograba cerrar el pestillo de la puerta cuando el perro más grande de Bobby, un lobo de gran tamaño, se lanzó contra ella, y la traba se abrió por el impacto.

Los perros salieron disparados del corral de una vez, y no fingieron atacar al doble que vestía el disfraz del asesino como habían sido entrenados.

Corrieron hacia el este.

Bobby salió tras ellos, gritando.

“¡Bobby!” grité. Mi personaje estaría gritando porque mi manejador de animales acaba de cometer un error. Yo gritaba porque quería saber qué decía el guion.

Bobby se volvió hacia mí por un breve instante. Sacudió la cabeza y volvió a buscar a sus perros.

Un nudo negro se formó en mi estómago. Carlyle iba a morir. Sabía que no debía ilusionarme demasiado. Esto no era un grupo de adolescentes ebrios haciendo una séance barata en una casa abandonada mientras fantasmas y espectros se deslizaban por ahí. Carousel tenía una historia que contar.

Los perros habían salido del corral y pasado corriendo junto a la tripulación tan rápidamente que muchos estaban sorprendidos. Una asistente cayó al suelo.

Era la ayudante del encargado de utilería.

Nunca se levantó más. La daga que llevaba con tanto cuidado se había clavado en su pecho. Estaba muerta.

Todo el equipo entró en pánico al verlo, y muchos rodearon su cuerpo, gritando por una ambulancia.

A lo lejos, una luz cayó del techo del gran almacén hacia una de las casas falsas que luego aprendería estaba llena de cajas de disfraces. Combustible perfecto.

La casa se incendió rápidamente.

Mientras el fuego ardía y el humo llenaba el aire, la tripulación entró en pánico y se apresuró a escapar.

Gale Zaragoza, del equipo de fundición, estaba cerca.

“¡Riley!” gritó una voz. Reconocí inmediatamente aquella voz. Era Carlyle.

Busqué su presencia. Había corrido una distancia hacia la salida, pero uno de los miembros del equipo lo había empujado accidentalmente y él luchaba por levantarse. Miró hacia mí desde el suelo y pidió ayuda. El empleado que lo había atropellado huía, mirándolo con cara de culpabilidad.

En la pantalla, fuera de ella, no importaba. Mantener el carácter tampoco. Carlyle no sabía que el director codicioso que fingía odiarlo realmente, no lo hacía por él. Para él, era solo un amigo.

Corrí hacia él.

“Vamos,” dije.

Le ayudé a levantarse y apoyé su brazo sobre mi hombro justo cuando una explosión resonó a lo lejos.

“Está ocurriendo otra vez,” dijo Carlyle. “Debes correr. Déjame aquí.”

Espera un momento, ¿sabía acaso lo que estaba pasando?

“Carlyle, tenemos que salir de aquí,” le dije.

“No, no entiendes,” respondió, jadeando. “La maldición de la familia Geist. Estaré bien. Tú debes irte.”

Como un Geist, había pasado toda su vida viendo a sus amigos y conocidos enfrentar destinos terribles mientras él permanecía sin daño. Debió no haber notado que esta vez, el destino terrible sería el suyo.

“Aun así,” dije. “Vamos.”

Lo empuje hacia adelante. Mientras hacía esto, las luces principales del almacén se apagaron. Solo podía ver por la luz de los incendios que se habían propagado en torno al set. Debo elogiar a Carousel: el escenario se había transformado en un laberinto infernal en un instante.

“¡Riley!” gritó Kimberly desde algún lugar a lo lejos. El humo se estaba acumulando. No podía ver a más de unos metros en ninguna dirección.

Por suerte, éramos jugadores y podíamos mirarnos a través del papel tapiz rojo, siempre que hubiera línea de visión, incluso sin mucha claridad. Ella corrió hacia mí.

—¿Dónde está la salida?—preguntó.

Miré a mi alrededor. Había humo y casas suburbanas dispersas que parecían estar hechas para encajar en el entorno. Estaba desorientado.

Aún así, no habíamos avanzado mucho. Podríamos retroceder por donde vinimos, pero eso nos llevaría de regreso hacia el Die Cast.

—Por aquí—dije.

Comencé a arrastrar a Carlyle lo más rápido que pude. Sentía la aura oscura de nuestro perseguido.

—¡Por Dios!—gritó Kimberly. Ella también debió sentirlo y se volvió para mirar detrás de nosotros.

Porque allí estaba. Caminando con paso decidido.

Carlyle lo vio también y exclamó algo como: «Dioses, ya está aquí, ¿verdad? El fin.»

Gale Zaragoza. Sin una gota de emoción en sus ojos. Él estaba allí para causar muerte, y nada de lo que pudiera hacer detendría su avance.

Sabía que no podía detenerlo. Esperaba que Carousel viera que intentaba salvar a Carlyle y extendiera alguna prueba de que lo aprobaba, que deformaría la historia según mi improvisación. ¿Podría convencer a Carousel de cambiar la historia para salvarlo?

No tuve esa suerte.

Me seguiría diciendo a mí mismo que me perdí, que el humo, el caos y la luz de las llamas me confundieron tanto que tomé un giro equivocado.

La verdad era que sabía lo que hacía. Era el director. Esforzándome por apagar mis emociones y simplemente conseguir la toma que Carousel quería.

Carlyle tenía que morir.

La calle por la que lo llevé terminaba en una fila de cercas. Si Carousel iba a cambiar de opinión, ya lo habría hecho para cuando llegáramos a ellas. Y si no, las cercas nos brindaban la oportunidad perfecta para sobrevivir, incluso sin Carlyle.

No tenía otra opción.

Seguimos tropezando hasta llegar a una fila de altas vallas de madera. Un callejón sin salida, al menos para uno de nosotros.

Por suerte, Kimberly y yo pudimos escalar la cerca. El impulso o el adrenalina facilitaron mucho la tarea.

Dejé a Carlyle con Kimberly y salté, apoyando los pies contra la cerca para poder ver al otro lado.

Vi una silla de juegos al aire libre.

Rápidamente, me subí por encima de la verja, tomé la silla y la arrastré cerca de la pared. Me puse de pie en ella y me asomé por encima.

—Kimberly—le dije—. Dame tu mano.

Ella hizo lo que le pedí. La ayudé a subir con facilidad. Ahí estaba el Die Cast.

Sentí un nudo en el estómago. Había condenado a Carlyle. Era una cosa saber que él tenía que morir y otra muy distinta haberlo preparado.

Kimberly ya estaba del otro lado.

Extendí la mano hacia Carlyle. Si lo hacía bien, no podría salvarlo. Odio que me resultara tan fácil planificar algo así, de esa forma.

Él no intentó alcanzarme.

Probablemente, tampoco habría tenido tiempo de arrastrarlo. El Die Cast ya nos alcanzaba.

Aun así, Carlyle dijo: «Corre. No te quedes aquí por mí». Se volvió hacia el gran acechador.

—¡Carlyle!—grité.

Pensaba que me estaba salvando. Esa fue la verdadera puñalada. Monté todo con la intención de que muriera de forma dramática, tal como quería Carousel. Su intento de salvarme hacía que todo pareciera mucho peor. Muchísimo peor.

Instintivamente, me incorporé y extendí la mano en su dirección. Pero no sirvió de nada. Estaba demasiado lejos.

Carousel siempre había tenido un buen sentido del humor.

Justo cuando retrocedía ante mi inútil intento de alcanzar a Carlyle, la alta cerca de madera que intentaba sobrepasar se estremeció bajo mi peso.

Menuda suerte la mía.

Todo el seto, toda la sección de la cerca, empezó a caer hacia adelante en dirección a Carlyle y al Dibujo Fundido.

Pensé que la cerca sería un obstáculo dramático que protegería a Kimberly y a mí, permitiendo que Carousel consiguiera lo que quería. Pero al parecer, eso no era suficiente.

La cerca cayó hacia adelante. Carlyle no alcanzó a apartarse a tiempo. La parte superior de la cerca le golpeó en la parte superior de la espalda, y yo no logré despegarme de ella lo bastante rápido. Caí justo encima de él con un crujido.

A tres pies de distancia, el Dibujo Fundido observaba sin mostrar interés alguno.

Su misión casi había culminado.

Cuando la sección de madera de la cerca y yo aterrizamos sobre Carlyle, algo se rompió. Podía escucharlo.

Me aparté corriendo lo más rápido que pude. “¡No quise!” dije instintivamente.

Lo que realmente quería era que el Dibujo Fundido matara a Carlyle, como Carousel exigía, mientras yo miraba impotente desde el otro lado de la cerca.

Era demasiado. Todavía podía sentir el eco de la desagradable fractura de las costillas o de la columna de Carlyle en mis manos. Lo sentí incluso a través de la cerca.

El Dibujo Fundido no me prestó atención.

Se arrodilló sobre Carlyle y levantó la cabeza del hombre solo el tiempo suficiente para establecer contacto visual. En ese momento, vi que la caña de Carlyle había estado debajo de él cuando cayó. La parte superior de la caña hizo contacto con la frente de Carlyle, provocando una gran hinchazón.

Carlyle estaba inconsciente. No lograba mirarle a los ojos. Estaba demasiado herido.

El asesino agarró la parte posterior del cabello de Carlyle y luego golpeó su cabeza contra la caña con una fuerza extraordinaria. Eso fue más que suficiente. Carlyle ya se dirigía a la tumba solo por haberme caído encima. Gale Zaragoza acabó con Carlyle de un solo golpe. Desde entonces, Carlyle pasó a llamarse Carlyle Geist (Difunto).

Alguien me tiraba del brazo. Era Kimberly.

Estaba tan distraído observando cómo Carlyle moría que apenas noté que el gigantesco acosador no se giraba ni se alejaba tras su crimen.

Buscaba nuevos objetivos.

Nos estaba mirando a nosotros.